

batalla, que por un largo tiempo después de la victoria los huesos de los muertos todavía cubrían los campos de la acción. [...]

Cuando la gente del otro lado del Estrecho escuchó de este éxito de Tárik, y de la cantidad de botín que consiguió, acudieron en masa desde todos los sitios, y cruzaron el mar en cada navío o barca que pudieron encontrar.

*The history of the Mohammedan dynasties in Spain, extracted from the NAFHU-T-TÍB MIN GHOSNI-L-ANDALUSI-R-RATITÍB WA TÁRÍKH LISÁNU-D-DIN IBNI-L-KHATTIB, by Ahmed Ibn Mohammed Al-Makkarí, ilustrated with critical notes on the history, geography and antiquities of Spain by Pascual de Gayangos, 1840, vol. I, pp. 259-271. (Traducción de la anterior cita del inglés al español por Wenceslao Segura).*

### Documento 36

[Al-Maqqarī: *Nafh al-ṭīb min guṣn al-Andalus al-raṭīb*, traducción de Emilio Lafuente y Alcántara]

Marchó después [Tárik ben Ziyed] contra las ciudades de la costa del mar, en que había gobernadores del rey de España, que se habían hecho dueños de ella y de las comarcas de alrededor, y cuya capital era Ceuta, en la cual mandaba un cristiano llamado Julián, a quien Muza hizo la guerra; pero encontró que tenía gente valerosa, fuerte y bien acondicionada, y no pudiendo vencerle, volvióse a Tánger y se estableció en ella con los suyos, mandando algaras que devastasen los alrededores y estrechasen aquella ciudad.

En tanto iban y venían, con provisiones y auxilios, barcos que de España mandaba el rey Witiza, y además ellos defendían valerosamente sus familias y guardaban cumplidamente su comarca. Murió el rey de España Witiza, dejando hijos, que el pueblo no creyó buenos para el trono, y habiendo surgido un gran trastorno en España, tuvieron a bien elegir a uno de sus nobles, llamado Rodrigo, hombre experimentado, de mucho valor y esfuerzo, que no era de estirpe real, sino caudillo y caballero, y a este encomendaron el mando.

Era a la sazón Toledo capital de España, y había en ella, de tiempo antiguo, una casa cerrada con muchos cerrojos, y que guardaban hombres de toda confianza para los godos, encargados de que no se abriese, pasando este encargo de unos a otros. Siempre que había nuevo rey, se le presentaban estos encargados, y el rey les daba un nuevo cerrojo, que colocaban en la puerta, sin quitar el del antecesor. Cuando fue proclamado Rodrigo, que era hombre investigador, despierto e inteligente, se le presentaron los guardas para que les diese el cerrojo, y él les dijo que no pensaba hacer tal cosa, sino ver lo que había dentro de la casa, estando firmemente resuelto a abrirla. Trataron de disuadirlo, manifestándole que ninguno de los reyes anteriores se había atrevido a hacer esto; más él, sin hacerles caso, se dirigió a la casa. Esto causó gran pesar al pueblo, y los magnates le suplicaron humildemente que desistiese; más él, creyendo que iba a encontrar allí riquezas, no accedió a sus ruegos. Rompió los cerrojos, y encontró la casa vacía, sin más que una caja con un cerrojo, que mandó abrir, creyendo que las preciosidades contenidas en ella habían de satisfacerle; pero la caja también estaba vacía, sin contener más que un rollo de pergamino, en que estaban pintados los árabes con sus turbantes en la cabeza, montados en sus caballos de pura sangre árabe, armados de espadas y arcos, con sus banderas en las lanzas, en cuya parte superior había un letrero en caracteres cristianos, que fue leído y decía así: “Cuando los cerrojos de esta casa sean rotos, y se abra este arca, y aparezcan las figuras que contiene, los que están pintados en este rollo entrarán en España, la conquistarán y reinarán en ella.” Entristeció esto a Rodrigo, que se arrepintió de lo hecho, siendo grande su pesar y el del pueblo por este suceso. Mandó que se volviesen a colocar los cerrojos, y que las guardias siguiesen como antes, aplicándose a la gobernación del reino y olvidando aquel aviso.

Era costumbre de los magnates y caudillos cristianos mandar sus hijos, cuyo provecho y engrandecimiento procuraban, al palacio del rey superior, que estaba en Toledo, con el fin de que allí estuviesen a su servicio y participasen de su generosidad hasta llegar a la edad conveniente, en que el rey casaba a los jóvenes con las jóvenes, procurando de esta manera la alianza de los padres, dotando a los novios y dándoles lo necesario.

Sucedió que Julián, gobernador de Rodrigo en Ceuta, que entonces pertenecía al rey de España, y cuyos habitantes eran cristianos, tomó el camino con una hija que tenía, de extraordinaria hermosura y a quien estimaba sobremanera, de la cual Rodrigo, apenas la vio, quedó prendado con pasión tan violenta, que no siendo dueño de sí mismo, la forzó. Dióse ella trazas para comunicar a su padre lo ocurrido, por medio de una carta secreta, y esto le hizo tal impresión y le enojó de tal manera, que exclamó: “Por la religion del Mesías, que he de trastornar su poder y he de abrir bajo sus pies una fosa.” Este enojo que recibió por el insulto hecho a su hija fue la causa de la conquista de España, además del decreto de Dios (sea excelso). Embarcóse Julián en Ceuta, atravesó el Estrecho en el tiempo más desfavorable, porque era el mes de enero, que es el corazón del invierno, y desembarcando en España, fue a Toledo, a presentarse al rey Rodrigo, quien extrañó su venida en tal tiempo, preguntándole qué causa le había movido a ir en aquella ocasión. Julián pretextó que su mujer tenía vehementísimos deseos de ver a su hija antes de morir, y le había estimulado a que fuera por ella; deseo al cual él había querido condescender, por lo que le pedía permiso para llevársela, y le rogaba la dejara regresar pronto. Rodrigo lo hizo así; le entregó la hija, después de haber dicho a ésta que guardase el secreto, y obsequió mucho a su padre, despidiéndose de él. Y cuéntase que al despedirse le dijo Rodrigo: “Cuando vuelvas, procura traerme algunos halcones de los que sueles regalarme, porque son las mejores aves de presa que tengo.” Julián le contestó: “Por la fe del Mesías, oh rey, que si vivo, he de traerte unos halcones como jamás los hayas visto”; aludiendo al propósito oculto que tenía de traer los árabes, aunque Rodrigo no lo comprendía. Julián, llegado que hubo a su gobierno de Ceuta, tardó poco en disponer su viaje para ir a ver al emir Muça ben Nosair, que estaba en Ifrikiya. Hablóle de la conquista de España, cuya hermosura y excelencias le describió, así como sus muchas clases de riqueza y productos, sus buenos frutos y su abundancia de agua dulce. Al mismo tiempo le representó a sus habitantes como gente por demás fácil de dominar, endeble y poco aventajada. Muça entró en deseos de acometer aquella empresa, e hizo con él un pacto con tal que se volviese a favor de los musulimes, y además procuró asegurarse de él, imponiéndole la condición de que manifestase claramente su hostilidad

contra los cristianos, sus correligionarios, haciendo una correría por el país. Así lo hizo Julián, quien, reuniendo gente de su distrito, en dos barcos pasó con ellos a la costa de Algeciras y comenzó a correr el país y a matar, cautivar y robar, y permaneció allí algunos días, regresando sano y salvo con los suyos. Cuando los árabes lo supieron, confiaron en él y lo recibieron como amigo. Aconteció esto a fines del año 90 [otoño de 709]. Muça ben Nosair escribió al emir de los creyentes Al-Walid ben Ábdo-I-Mélic, poniendo en su conocimiento la proposición que le había hecho Julián de conquistar la España, y pidiéndole permiso para invadirla. Al-Walid le contestó: “Manda exploradores que te informen bien, y no expongas a los musulimes a un mar de revueltas olas.” Replicó Muça que no era un mar agitado, sino un estrecho, que permitía al espectador descubrir lo que había del otro lado. Al-Walid le dijo que aunque así fuese, mandase un destacamento para que explorase el país antes de invadirlo. Entonces mandó Muça a un berberisco, liberto suyo, llamado Tarif, y de sobrenombre Abó Zorá, con 400 hombres y 100 de caballería, y pasó en cuatro barcos a una isla que está enfrente de la isla de Andalus, llamada la isla Verde, la cual es arsenal y punto de partida de sus navios, y aquella se llama ahora Tarif, del nombre de este caudillo, que allí desembarcó. En este punto permaneció algunos días, hasta que se reunieron con él sus compañeros; entonces hizo una correría hacia Algeciras, cogió algunos cautivos tan hermosos como ni Muça ni sus compañeros los habían visto jamás, y reunió muchas riquezas y utensilios, en Ramadhan del año 91 [3 de julio de 710 - 1 de agosto de 710]. Las tropas, en vista de este resultado, desearon entrar en España.

Dicen otros que entró Tarif con mil hombres, y recogió botín y prisioneros, y que después entró Abó Zorá, que era un jeque berberisco, distinto de Tarif, con otros mil hombres, y dirigiéndose hacia Algeciras, sus habitantes huyeron de ella. Casi toda la incendiaron, quemando una iglesia grande que tenían, cogieron unos pocos prisioneros, mataron a otros y se volvieron salvos; pero Ar-Razi dice que Abó Zorá es Tarif ben Mélic Al Maáferi, y que Tarif es el nombre, y Abó Zorá el sobrenombre correspondiente.

Volvió de nuevo Julián a presentarse a Muça y a estimularle a que invadiese la España, refiriéndole el buen éxito de su expedicion y de las

de Taríf y Abó Zorá, lo que habían obtenido de sus habitantes, y las buenas nuevas que habían traído de la excelencia del país. Muça dio gracias a Dios por ello, y se afirmó en su propósito de mandar a los musulimes a que invadiesen [este reino], para lo cual designó a un liberto suyo, llamado Tárik ben Ziyed ben Abd-Allah, persa de Hamadan, aunque otros dicen que no era liberto de Muça, sino que pertenecía a la tribu de Sadif, afirmando algunos que era liberto de esta tribu. En España hubo descendientes suyos, que negaban porfiadamente ser clientes de Muça. Finalmente, otros aseguran que era berberisco de la tribu de Nefza. Muça le envió con siete mil musulimes, la mayor parte berberiscos y libertos, pues había poquísimos árabes. Con ellos estaba Julián, que les proporcionó los cuatro barcos en que pasaron, únicos que tenían, y desembarcaron en el monte de Tárik [*Chebel Tarik* = Gibraltar], llamado así de su nombre, un sábado de Xaaben de 92 [24 o 31 de mayo, 7, 14 o 21 de junio de 711]. Volvieron los barcos por los que habían quedado, y así estuvieron yendo y viniendo hasta que se reunieron todos en el monte. Otros dicen que Tárik desembarcó en lunes, 5 de Récheb de este año [28 de abril de 711, fue martes] con doce mil hombres menos doce, todos berberiscos, a excepción de muy pocos árabes, y que Julián los pasó en barcos de mercaderes, desde paraje oculto y uno tras otro, siendo su emir Tárik el último que pasó. Tárik hizo prisionera en Algeciras a una vieja, la cual le dijo en su lengua que su marido, que era adivino, había predicho que entraría en aquella tierra y se apoderaría de ella un emir, que describió, diciendo que tendría la cabeza voluminosa, como tú la tienes, y un lunar en el homoplato izquierdo, como un cabello. Si tú lo tienes [añadió la vieja], ése es el signo marcado, y tú eres el aludido. Tárik separó su vestido, y tenía, en efecto, el lunar en el homoplato, con lo cual se alegraron mucho él y su gente. Cuéntase también que Tárik durmióse en el barco y vió en sueños al Profeta y los cuatro primeros califas, que caminaban sobre las aguas, pasando junto a él. El Profeta le anunció la buena nueva de la victoria, y le mandó que fuese benigno para con los musulimes, y que cumplierse sus pactos. Otros dicen que habiéndose quedado dormido cuando se embarcó, parecióle ver al Profeta, rodeado de los que huyeron con él de la Meca a Medina, y los Ánsares armados de espada y arco, y que el Profeta le dijo: “Sigue, Tárik, hasta cumplir tu

obra.” Tárík miró al Profeta y a los que le acompañaban, y vió que entraban en España delante de él. Despertóse regocijado con el buen anuncio, que comunicó a sus compañeros, tuvo confianza en la buena nueva, fortificóse su espíritu y no dudó de la victoria.

Salió, pues, de aquel territorio, y se internó en las llanuras en tren de guerra. Llegó la noticia a Rodrigo de la invasión de los árabes en la costa de España, y que reiteraban sus correrías por los campos de Algeciras, siendo Julián la causa de ello. Estaba a la sazón ausente, en tierras de Pamplona, en guerra con los vascones, por graves rebeliones que habían estallado en aquel país, y parecióle cosa de importancia, comprendiendo el motivo que había dado lugar a ella. Vino con su ejército apresuradamente y se detuvo en Córdoba, ciudad situada en la parte central, aposentándose en el palacio llamado de Rodrigo, no porque él lo hubiese construido ni fundado, puesto que era fábrica de unos de los reyes que le habían precedido, y lugar donde moraban cuando iban a Córdoba, sino porque los árabes, ignorando el nombre del fundador, luego que vencieron a Rodrigo, le llamaron de esta manera, por haberse aposentado allí el referido monarca. [...]

[...] Los reyes fueron de unos en otros heredando este alcázar, y allí estuvo alojado Rodrigo algunos días, cuando fue a pelear contra los árabes. Luego que todas las tropas de sus dominios estuvieron reunidas, marchó hacia la comarca de Sidonia, con su numeroso ejército, al encuentro de los musulmanes.

Cuéntase que el último de los reyes de la dinastía que destruyeron los árabes fue Witiza, quien murió dejando tres hijos pequeños, y poco a propósito para reinar, por lo que su madre permaneció en Toledo, administrando en su nombre el reino que había sido del padre. Rodrigo, jefe de la caballería en tiempo de éste, se rebeló con los que le quisieron seguir, y se estableció en Córdoba. Cuando Tárík invadió la España, fue Rodrigo contra él, y pidió auxilio a todas las tropas del país, escribiendo a los hijos de Witiza, que ya por aquel tiempo habían crecido, montaban a caballo y mandaban soldados, a fin de que viniesen a unirse con él para pelear contra los árabes, amenazándoles si no le ayudaban, y estimulándoles a que todos fuesen de acuerdo contra el enemigo común. No encontrando ellos medio de evadirse, reunieron su gente y

vinieron a Córdoba, acampando junto a la alquería de Xecunda, al otro lado del río, en frente del alcázar, desconfiando de entrar adonde estaba Rodrigo, y disponiendo su plan, hasta que, terminados los preparativos, Rodrigo se puso en marcha, y uniéndose con él, siguieron el camino, concertándose en daño de éste. Lo que parece más cierto, aunque sólo Dios lo sabe, es que todo el reino godó pertenecía a Rodrigo. Hay diferencia en la manera de pronunciar su nombre, pues unos dicen Rodzric, con R, y otros Lodzric, que es lo más general. El ejército de Rodrigo constaba de cien mil hombres bien pertrechados, y Tárik escribió a Muça pidiéndole más tropas, y poniendo en su conocimiento que había conquistado a Algeciras, puerto de España, y dominando el paso del Estrecho, haciéndose dueño de todo aquel territorio, hasta el lago [de la Janda]; y que Rodrigo iba contra él con un ejército que no podía contrarrestar, a no ser por la voluntad divina. Muça, que desde la partida de Tárik había mandado hacer barcos, y tenía ya gran número de ellos, le envió cinco mil hombres de refuerzo, reuniendo con ellos doce mil combatientes, fuertes para la rapiña, ávidos de combatir. Con ellos estaba Julián, que había obtenido carta de seguridad, con sus tropas y gente de la provincia de su mando, que indicaban a los musulmanes los puntos más vulnerables y les servían de espías.

Rodrigo se acercó con todos sus cristianos, príncipes y caballeros, quienes hablaron unos con otros y dijeron: “Este hijo de prostituta se ha apoderado de nuestro reino sin ser de estirpe real, sino uno de nuestros inferiores, y no dejaremos de ser grandemente perjudicados por su [mala] conducta. Esta gente [invasora] no pretende establecerse en nuestro país, sino reunir mucho botín y volverse. Emprendamos, pues, la fuga en el momento de trabar el combate con éstos, que derrotarán al hijo de la prostituta, y cuando se marchen, haremos rey al que mejor derecho tenga.” En esto quedaron convenidos; pero el destino torció su proyecto. Rodrigo había dado el mando del ala derecha de su ejército a uno de los hijos de Witiza, y el de la izquierda a otro, siendo los jefes de este proyecto de hacer que fuese derrotado, con la mira de recuperar el trono de su padre.

Cuéntase que cuando estuvieron próximos los dos ejércitos, los hijos de Witiza se concertaron para hacer traición a Rodrigo, y mandaron un emisario a Tárik, diciéndole que aquél era uno de sus inferiores y

sirvientes, que había usurpado el trono de su padre, después de haberle hecho morir; que ellos no querían cederle su derecho, y que le pedían carta de seguridad, prometiendo que se pasarían a él en el momento del combate, a condición que después de la victoria se les diesen todas las fincas que su padre tenía en España, que eran tres mil, excelentes y escogidas, y son las que después se llamaron el haber [o cuota] de los reyes. Tárik les contestó favorablemente, e hizo con ellos pacto en la forma referida. Al día siguiente trabóse la batalla, y pasáronse en efecto a Tárik, siendo ésta una de las principales causas de la conquista. El encuentro fue a orillas del Guadalete, distrito de Sidonia, y Dios puso en fuga a Rodrigo y su ejército, concediendo a los musulmanes una victoria sin igual. Rodrigo se arrojó al río Gnadalete, y se sumergió con el peso de las armas, por lo cual no se tuvo noticia de él ni se le encontró.

Dícese que Tárik acampó cerca del ejército de Rodrigo, a fines de ramadhan del año 92 [3 julio de 711 - 1 de agosto 711], y Rodrigo mandó a uno de sus soldados, en cuyo valor y esfuerzo tenía gran confianza, para que fuese a reconocer el ejército enemigo, calculase el número de sus soldados y viese la situación que tenían, y sus barcos. Acercóse el cristiano hasta descubrir el ejército; pero habiendo sido visto, fue acometido por algunos; volvióse precipitadamente, y escapando por la velocidad de su caballo, dijo a Rodrigo: “Los que vienen contra tí son de la misma figura que aquellos que descubriste en el arca. Mira por tí, pues entre ellos vienen quienes sólo desean morir o conquistar el terreno que pisas. Han quemado sus naves, para no tener esperanza de refugio en ellas, y se hallan ordenados para la batalla en la llanura, fortificando su espíritu para la perseverancia, pues no tienen en nuestro país lugar en que guarecerse.” Con estas nuevas aterróse Rodrigo y se redobló su aflicción.

Encontráronse los dos ejércitos en el lago, y combatieron reciamente, hasta que las alas derecha e izquierda del de Rodrigo, que estaban al mando de los hijos de Witiza, emprendieron la fuga. El centro, en que estaba Rodrigo, resistió un poco, y sus soldados mantuvieron algo la batalla, hasta que también dieron a huir, yendo Rodrigo delante de ellos. Los musulmanes los persiguieron en su derrota, causándoles gran matanza. Perdióse la huella de Rodrigo, y nada se supo de él; los musulmanes encontraron únicamente su caballo tordo, que andaba suelto,



y en el cual había montado, y tenía una silla de oro recamada de rubíes y esmeraldas; encontraron también uno de sus botines, que era de oro, ornado de perlas y rubíes. El caballo había caído en un lodazal, y el cristiano, que se había sumergido, había dejado [al salir] uno de sus botines en el lodo, donde fue encontrado, pero su persona desapareció, y no se le encontró vivo ni muerto. Dios sólo sabe lo que le pasó.

Cuenta Ar-Razi que el encuentro fue el domingo, restando dos noches de ramadhan [19 de julio 711], y duró el combate hasta el domingo 5 de xawél [26 de julio de 711], que son ocho días completos. Después Dios derrotó a los politeístas, que fueron muertos en tanto número, que sus huesos quedaron cubriendo aquella tierra por espacio de mucho tiempo.

Los musulmanes adquirieron del campamento cristiano grandes riquezas. Conocían a los nobles por las sortijas de oro que llevaban en sus dedos; a los más inferiores, en que las llevaban de plata, y a los esclavos, en que eran de cobre. Tárík reunió el botín, dedujo el quinto, y dividió lo restante entre nueve mil musulmanes, no contando los esclavos ni los sirvientes.

Luego que la gente de África tuvo noticia de la victoria de Tárík, y de las muchas riquezas de que había hecho presa, vinieron a él de todas partes, surcando el mar en cuantos barcos y lanchas pudieron proporcionarse. Los españoles, entre tanto, se refugiaron en fortalezas y castillos, y huyeron de las llanuras a los montes. Tárík continuó su marcha hasta llegar a Medina Sidonia, cuyos habitantes se defendieron, pero los sitió tan duramente, y tanto los debilitó y estrechó, que pudo tomar la ciudad por fuerza de armas, recogiendo cuantiosa presa. Fue luego a Morón, volvió después contra Carmona, y pasó por junto a la fuente que tomó su nombre, dirigiéndose en seguida a Sevilla, cuyos habitantes se rindieron, obligándose a pagar el tributo personal. Marchó luego hacia Écija, donde había gente esforzada, y donde se habían acogido los fugitivos del ejército de Rodrigo. Hubo un sangriento combate, en que fueron muertos y heridos muchos musulimes, y al fin Dios les concedió la victoria sobre los cristianos, que fueron derrotados, sin que después volviesen los musulimes a encontrar tan fuerte resistencia. Siguiéron, con todo eso, defendiéndose los cristianos, hasta

que Tárík cogió prisionero a su jefe, que era hombre negligente y de mal gobierno, y habiendo salido solo cierto día a un asunto hacia el río [Genil], encontró a Tárík, que había ido a lo mismo, y éste, aunque no le conocía, le acometió e hizo prisionero en el río, volviendo con él al ejército. Luego que se descubrió que era el señor de la ciudad, Tárík le concedió la paz, otorgándole las condiciones que quiso, e imponiéndole el tributo personal, con lo cual le dejó tranquilo, cumpliendo después lo que había prometido.

Llenó Dios de terror el corazón de los infieles, cuando vieron que Tárík se internaba en el país, habiendo antes imaginado que sólo deseaba ganar botín y retirarse; acobardáronse y huyeron de las llanuras a refugiarse en los castillos, y los más fuertes de entre ellos fueron a Toledo, capital de su reino.

Una de las trazas de que se valió Tárík para imponer miedo a los cristianos de España, fue hacer a sus soldados que despedazasen algunos muertos y cociesen su carne en calderas delante de los prisioneros, a fin de que creyesen que los musulimes la comían. Dio después libertad a algunos, y estos fueron refiriendo a los demás el suceso, que llenó de terror los ánimos y aumentó el número de los fugitivos.

Julián dijo a Tárík: “Ya has dispersado el ejército de esta gente y los has llenado de miedo; dirígete contra su capital, para lo cual estos compañeros míos te servirán de guías, y divide tu ejército con ellos entre las diferentes comarcas, debiendo tú marchar a Toledo, donde está la gente principal, a fin de no darles tiempo de que miren por sí y adopten una resolución.” Tárík dividió su ejército desde Écija, y mandó a Moguits Ar Romi, cliente de Al-Walid ben Ábdo-l-Mélic, a Córdoba, que era de las mayores ciudades de los godos, con setecientos caballeros, porque los musulimes montaban ya los caballos del ejército cristiano, y no había quedado ningun infante, y aún habían sobrado caballos. Mandó otro ejército a Málaga y otro a Granada, capital de Elvira, y él, con la mayor parte del ejército, marchó hacia la Cora de Jaén, en dirección a Toledo. Algunos dicen que fue contra Córdoba Tárík en persona, y no Moguits.

“Conquista de España por los árabes, según se refiere en Al-Makkari, tomo 1º, página 156 y siguientes” en *Ajbar Machmuâ. Colección de tradiciones. Crónica anónima del siglo XI, dada a la luz por primera vez*, traducida y anotada por Emilio Lafuente y Alcántara, Colección de Obras Árabigas de Historia y Geografía, Real Academia de la Historia, 1867, tomo I, pp. 171-208.

### Documento 37

[Juan de Mariana: *Historia General de España*]

Juan de Mariana (1536-1624) jesuita, teólogo e historiador español, autor de la historia general de España que apareció en Toledo en 1601. Mariana persiguió la verdad en su obra e hizo uso crítico de las crónicas anteriores. Su historia fue ejemplo a seguir en posteriores trabajos historiográficos. La historia del Padre Mariana ha sido varias veces impresa, siendo la obra histórica más leída durante los dos siglos posteriores a su publicación.

El conde don Julián luego que alcanzó licencia del rey para pasar a África, de camino se vio con las cabezas de la conjuración para más prendallos, hablóles conforme al apetito de cada cual: prometía a unos riquezas, a otros gobiernos, con todos blasonaba de sus fuerzas, y encarecía la falta que dellas el rey tenía. No lejos de la villa de Consuegra está el monte llamado Calderino, y porque este nombre en arábigo quiere decir monte de traición, los que aquella comarca se persuaden, como cosa recibida de sus antepasados, que en aquel monte se juntaron el conde y los demás para acordar, como acordaron, de llamar los moros a España.

Llegado en África, lo primero que hizo fue irse a ver con Muza: declaróle el estado en que las cosas de España se hallaban: quejose de los agravios que el rey tenía hechos sin causas así con él como a los hijos del rey Witiza, que demás de despojarlos de la herencia de su padre, los forzaba a andar desterrados, pobres y miserables, y sin refugio alguno; dado que no los faltaban las aficiones de muchos, que llegada a la ocasión se declararían. Que en buena sazón para acometer a España, y